

HACIA LO DESCONOCIDO: EL CAMINO DE LA FE DE CLAUDINA

1784-1818

Janice Farnham RJM

(Provincia de Estados Unidos)

jfarnhamrjm@gmail.com

*El mundo no puede ser descubierto por un viaje de millas,
no importa qué tan largo sea, sino solo por un viaje espiritual,
un viaje de una pulgada, muy arduo, humilde y alegre,
por el cual llegamos al suelo, a nuestros propios pies,
y aprendemos a estar en casa".*
[Wendell Berry]

1. Introducción

Nuestra celebración del bicentenario nos llama a seguir adelante, a caminar con Santa Claudina para entrar en su experiencia de gracia a la luz de la historia de 200 años de nuestra Congregación. También nos invita a adentrarnos en un futuro desconocido con esperanza, confiando, como hizo Claudina, en que el buen Dios - origen, camino y realización de cada recorrido humano – nos llevará a buen término. El camino es uno de los grandes temas de la literatura mundial y de textos sagrados de diversas tradiciones religiosas. Estamos familiarizados con el camino del Éxodo de los israelitas a la Tierra Prometida, recordado en la tradición cristiana en la vigilia de Pascua. Encarna la experiencia espiritual central de la historia de la comunidad judía, el paso de la esclavitud a la libertad, de la opresión a una nueva vida en la Tierra Prometida. Es la historia que define y marca nuestras celebraciones pascuales. Estos acontecimientos pascuales nos recuerdan que, al igual que Jesús, que pasó el primero de la muerte a la vida resucitada, estamos llamados a caminar un largo, "arduo y humilde" trayecto sagrado a la novedad de la vida y la libertad espiritual.

Como cristianos, creemos que Dios-con-nosotros ha entrado en nuestra historia humana en Jesús. Su paso en los relatos del Evangelio es nuestro propio modelo: nos muestra la senda que debemos tomar al liderar el camino: "Estaban de camino, yendo a Jerusalén, y Jesús caminaba delante de ellos. . . "(Mc 10, 32). Cuando los discípulos le preguntaron a Jesús dónde

vivía, él respondió: "Venid y veréis". Lo que les mostró, lo que vieron, fue un camino. No tenía un "hogar" permanente, ni un patrón de existencia establecido o estable para ofrecerles. Si querían estar con Jesús, tenían que dejar atrás el pasado familiar y confortable, sus barcos y sus redes, y embarcarse en un viaje marcado por la incertidumbre y la duda. Caminar con este Jesús itinerante fue una gran aventura, sin duda. Al estar con él "en camino", tuvieron encuentros increíbles y una nueva comprensión del horizonte y desafíos del viaje. Pero finalmente su viaje hacia el discipulado los condujo al camino de la Cruz en la colina del Calvario. Enfrentados con la humillación y la agonía de su Maestro, la mayoría huyó de ese camino con miedo. Más tarde, al verlo crucificado y humillado, recordarían sus palabras: "El que no toma la cruz y me sigue no puede ser mi discípulo" (Mt 10, 38). La clave para seguir a Jesús era permanecer con él "en el camino". A medida que afrontaban humildemente su triste fracaso en el discipulado, Jesús los condujo amorosamente hacia una relación transformada con él. Fue otro giro en el camino, ofreciéndoles esperanza, nueva vida y una misión que cambió el mundo.

Los relatos de la Resurrección nos recuerdan que el camino continuó más allá del Calvario y Galilea en el mundo. Con los discípulos de Emaús, los cristianos a través de los años han llegado a conocer y seguir a Jesús resucitado "en el camino", en la fracción del pan en la Eucaristía, en el reconocimiento del rostro y la presencia del Señor en los demás, especialmente en los pobres y abandonados del mundo. El camino requiere dejar ir lo que es falso en nosotros mismos para descubrir la verdad de quienes realmente somos: pecadores, perdonados y amados por Dios en Cristo, enviados a proclamar esta buena noticia para todos. Nuestros santos y santas recorrieron este camino de conversión y transformación espiritual, cada uno a su manera única. Sabemos que la vida religiosa apostólica a través de los siglos ha reflejado este camino pascual de Cristo y sus amigos. Este ensayo traza el camino personal de Claudina en los años previos a la fundación de la Congregación. Coloca su historia espiritual dentro de la historia más amplia de su mundo y su Iglesia. Revela el camino inicial que recorrió cuando llegó a conocer y seguir al Señor en "alegría de corazón, libertad de espíritu, confianza y generosidad" [Reglamento de P.A., II, 1]. Finalmente, nos invita a sentir nuevamente, a experimentar, aquello que en el mundo de Claudina hizo brotar de su corazón un amor perdurable y creativo para aquellos a quienes fue enviada, el amor del Corazón de Cristo por los últimos y los que no cuentan.

2. El contexto del camino de Claudina: Sociedad e Iglesia en la encrucijada de las turbulentas "C"

En la historia espiritual de la Iglesia y de la vida religiosa, nuevas actitudes y estilos de vida revitalizados han surgido generalmente de la ruptura violenta de las formas existentes. Este patrón asegura vitalidad y flexibilidad, dando nueva vida a las tradiciones que gradualmente se identifican, a veces muy cómodamente, con las estructuras sociales seculares. En la Francia posrevolucionaria, una sociedad y una iglesia en ruinas exigieron nuevas respuestas del clero y de los laicos por igual. ¿Cómo empezó a descubrir Claudina su vocación apostólica y su misión en una situación de caos y violencia semejante, en un mundo y en una iglesia en crisis? Al igual que cientos de sus contemporáneos, aprendió a remodelar una entusiasta forma de vida comunitaria apostólica desde las cenizas de la Revolución Francesa y sus consecuencias.

Seda y almas: es una forma de nombrar el mundo de Claudina. Circunscrito por su ciudad de Lyon, con su monopolio en la industria de la seda y su sólida reputación en el comercio. Su tradición cristiana se remonta a los santos y mártires del siglo II: Potino, Irineo, Nizier, Blandina y sus compañeros, por nombrar algunos. El clero devoto y los laicos de Lyon estaban justificadamente orgullosos de su reputación de piedad, su devoción a María Inmaculada y su caridad colaborativa. A través de cofradías y organizaciones parroquiales, los Lioneses habían establecido una red de respuesta social efectiva mucho antes de la Revolución Francesa. Fieles a su fama como líderes industriales, organizaron una red de respuesta benéfica a las necesidades de los pobres a través de un sistema de distribución de alimentos, orfanatos, catequesis, educación primaria en "petites écoles" y escuelas de trabajo que enseñan habilidades manuales. Estas tradiciones de alcance social fueron parte de la herencia de Claudina, que creció en el Lyon del siglo XVIII, parte de su vida familiar y actividad en su parroquia de St. Nizier, en el corazón de la ciudad.

Claudine fue "une Lyonnaise dévote", una mujer que maduró en una bulliciosa ciudad industrial y una comunidad urbana católica cuyas tradiciones dieron forma a su visión y respuesta apostólica. Ella se sintió siempre en casa en esta ciudad de alrededor de 100.000 personas. A lo largo de su vida, Claudina nunca viajó más de veinticinco millas de Lyon, bien situada en la confluencia de los ríos Rhône y Saône. Esa geografía determinó su historia. Como líder cristiana y espiritual, sus dones se desarrollaron dentro de los límites de una iglesia y cultura local,

realidades que reflejaban el cambio catastrófico que afectaba a Francia y al mundo en general. En un sentido muy real, su vocación surgió en medio de las "turbulentas Cs" de **crisis, caos y confrontación** que marcaron el comienzo del siglo XIX en Francia. El viaje interno de Claudina comenzó en un momento de crisis, continuó a través del caos de la violencia revolucionaria y llegó a la plenitud en una era de confrontación con los cambiantes valores religiosos y sociales.

3. En salida: Encuentro con Cristo en el camino del Calvario [1774-95]

*Somos peregrinos en viaje, somos viajeros en camino;
Estamos aquí para ayudarnos unos a otros a recorrer la milla y soportar la carga.*

Canción del Siervo

"Glady", como se la conocía familiarmente, nació en una familia piadosa de la pequeña burguesía, la segunda de siete hijos y la hija mayor. Su madre, Marie-Antoinette Guyot, era hija de un comerciante de seda en cuya empresa trabajaba su futuro esposo, Philibert. Estrechos lazos de amor y apoyo unieron a la familia, como descubrimos en las pocas cartas que nos quedan de Claudina¹. Su sensibilidad religiosa, aguda inteligencia y fuerte personalidad se nutrieron de la educación temprana en el hogar y más tarde en el internado de la antigua abadía benedictina de St-Pierre des Nonnains, donde comenzó su educación formal a la edad de diez años. En compañía de monjas, novicias y otras internas, Claudina se preparó para la primera Comunión y Confirmación. También recibió instrucción en el conocimiento y las habilidades necesarias para administrar una casa burguesa, a la vez que costura, bordado y un sentido de orden. En este ambiente monástico y contemplativo, desarrolló una devoción cada vez más profunda al Sagrado Corazón, a Nuestra Señora y al Santísimo Sacramento, características de la tradición espiritual de la renombrada abadía. Ella recordaba sus años como pensionista con gratitud. Aparentemente, este período de la juventud de Claudina le proporcionó una existencia pacífica y ordenada. Sin embargo, si intentamos imaginar su experiencia interna, podríamos considerar que para esta "Glady demasiado sensible", como la describió uno de sus hermanos, dejar el hogar y la familia durante largos períodos de tiempo pudo haber sido difícil, con sentimientos de soledad y abandono que luego reconocería en otros con perspicacia y compasión.

No todo andaba bien más allá de las paredes de la abadía. Durante varias décadas, se había desarrollado una crisis social en Lyon, en gran parte debido a las fluctuaciones en los precios de la seda y los disturbios entre las clases más pobres, que sufrieron la mayoría de los desastres naturales recurrentes como las sequías y las inundaciones. Una serie de cambios

políticos y económicos provocaron crisis en la industria de la seda que dejaron a 40.000 trabajadores sin pan ni trabajo. Muchos vivieron en extrema miseria. Como segunda ciudad más grande de Francia, los problemas de Lyon reflejaban la imagen más amplia de París. Con las tensiones provocadas por las deudas de guerra del rey que llevaron a la bancarrota, lujosos gastos entre la realeza y nobleza, y el nuevo pensamiento propagado por los líderes de la Ilustración, la tradicional "unión de trono y altar" del Antiguo Régimen de Francia se desmoronaba lentamente. Políticamente y socialmente, el país se dividió en tres clases, llamadas "estados": el clero [obispos y algunos clérigos], que eran una minoría privilegiada; la nobleza, cuya riqueza dominaba el entorno político y social; y los comunes, que representaban a la abrumadora mayoría de los ciudadanos franceses con poca riqueza, influencia o poder. La burguesía era una nueva "clase media", más rica que la mayoría del tercer estamento. A medida que el siglo llegaba a su fin, el catolicismo en Francia también mostró signos de decadencia institucional, con menos vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa, y disminuyó la práctica sacramental entre los fieles. Muchos monasterios estaban medio vacíos. Con sus vidas de oración y separación del mundo, los monjes y las monjas fueron criticados como una raza inútil y moribunda. Avanzando gradualmente con el tiempo, la crisis social y religiosa estalló en una guerra civil que ahora llamamos la Revolución Francesa. La familia Thévenet sintió los efectos de estos años de crisis en una sucesión de reveses financieros, lo que dio como resultado varios movimientos hacia barrios menos acomodados y un estilo de vida más modesto. Claudina permaneció en la abadía hasta el estallido de la Revolución en París en 1789, que marcó el final abrupto de su educación formal. Los sucesivos decretos de la Asamblea Nacional suprimieron gradualmente todos los bienes de la iglesia y las órdenes religiosas, y los reclamaron como propiedad nacional. Al igual que otros monasterios, St-Pierre perdió sus propiedades, su fuente principal de ingresos. La comunidad de treinta y una monjas y las jóvenes a su cargo se dispersaron. La educación de Claudine dio un giro radical al ser testigo de la erosión y el colapso de las estructuras que habían sido fuerzas de estabilidad durante generaciones antes que la suya. Estos acontecimientos demoledores sirvieron como duras lecciones que la condujeron por una dolorosa peregrinación a las dimensiones pascales del amor redentor de Cristo.

4. Caos: Revolución en Lyon

El impacto de la Revolución en Lyon no fue inmediatamente violento. En general, los ciudadanos de Lyon permanecieron leales al rey y la Iglesia. Cuando la ciudad fue asediada por las fuerzas revolucionarias en 1793, se levantaron para defenderla de uno de los gobiernos revolucionarios. Pero una sensación de creciente presión, oposición y represión paralizó a los ciudadanos con sentimientos de impotencia. Los antagonismos entre la burguesía y los trabajadores alimentaron una sensación de frustración y ansiedad en todos lados. Un clero débil y dividido parecía impotente para intervenir.

En abril de 1790, la Asamblea General asumió el poder en París, condenando a las instituciones católicas a la destrucción. Esperaba abolir los privilegios que la Iglesia había disfrutado durante siglos. Estableció un "clero constitucional", independiente de la autoridad papal y que apoyaba al gobierno revolucionario. Los obispos y el clero debían ser elegidos en lugar de nombrados por el pontífice. Una serie de juramentos civiles impuestos a obispos y sacerdotes requerían la adhesión a la nueva disposición. Algunos obispos decidieron consultar a Roma antes de aceptar, pero el Papa Pío VI esperó varios meses antes de enviar su rechazo a una "iglesia constitucional" que excluía a la autoridad papal. La decisión demorada del Papa fue demasiado frágil y llegó demasiado tarde: el caballo ya había salido del establo. Siguiendo el ejemplo del París liberal, algunas diócesis dieron un apoyo condicional a los nuevos decretos. Sin embargo, en muchas partes de Francia, las autoridades de la iglesia que apoyaban a la monarquía se negaron a reconocer el gobierno constitucional o sus leyes, y prohibieron a todos los clérigos, religiosos y laicos hacerlo.

Había, en efecto, dos iglesias: una conocida como "constitucional", la otra, "refractaria" o resistente. Durante una década o más, Francia, conocida como la "hija mayor" de la Iglesia, sufrió una iglesia en cisma, algunos de sus miembros se separaron de Roma en doctrina y práctica. La situación creó crisis de conciencia para muchos católicos ordinarios que no tenían una indicación clara de cuál era la verdadera iglesia. El efecto sobre el clero y los religiosos fue especialmente devastador. Se estaba llevando a cabo un período de "descristianización" progresiva de la Francia católica. Los tiempos se convirtieron en un campo de pruebas para la fe y la acción heroicas. El arzobispo de Lyon, Yves de Marbeuf, se exilió. Su reemplazo, el obispo constitucional elegido, Adrien Lamourette, asumió la autoridad oficial sobre la diócesis. A los

sacerdotes que se negaban a firmar los juramentos se les prohibía ejercer cualquier ministerio. Se dieron instrucciones de que deberían ser denunciados ante los tribunales. En un momento dado, se ordenó al clero casarse, ya que el celibato se consideraba "inútil" para el nuevo orden. ¿Qué hacer? ¿Casarse y permanecer con el rebaño, o resistir y dejarlos sin sacramentos? Estas fueron decisiones desgarradoras; algunos buenos sacerdotes y monjes eligen la colaboración y el compromiso. En tiempos revolucionarios, las cosas nunca son claras. Muchos sacerdotes resistentes fueron desterrados; otros fueron perseguidos y encarcelados como traidores a la nación, mientras que un grupo heroico ejerció un ministerio clandestino en riesgo para sus vidas. Cuando las órdenes religiosas fueron suprimidas en 1792, sus monasterios fueron vaciados y los bienes confiscados como pertenecientes a "la nación". Monjes y monjas eligieron el exilio o la clandestinidad, viviendo bajo constante amenaza de denuncia o arresto domiciliario, miedo a encarcelamiento o muerte violenta en el cadalso. Este tiempo oscuro forjó una generación de mártires y santos, héroes de la fidelidad y el coraje, incluida la comunidad Carmelita de Compiègne y varias Hermanas de San José, que fueron guillotinas. La ausencia de clérigos también proporcionó un aumento en el liderazgo de las mujeres en la actividad apostólica. Algunas religiosas se unieron a la red de trabajo apostólico clandestino, enseñando el catecismo y organizando liturgias sin despertar sospechas

Durante todo ese año, la buena gente de Lyon observó con miedo cómo los resistentes, conocidos como "refractarios", eran arrastrados ante los tribunales. Las vidas ordinarias fueron arrojadas a la confusión y a la inquietud en todos los niveles. Cualquier garantía de estabilidad y seguridad del trono y la iglesia había desaparecido. Cuando las cárceles se llenaron hasta rebosar de sospechosos y prisioneros en la primavera de 1793, una palabra resumió el caos que impregna Lyon: "La Terreur". Terror - un término familiar para nosotros en el siglo XXI, y una palabra que trajo miedo y angustia a la casa Thévenet. El padre de Claudina, el amable y generoso Philibert, había sufrido serios reveses financieros diez años antes. En julio, cuando las amenazas de violencia se abaten sobre Lyon por resistirse al nuevo orden, decidió llevar a los cuatro niños menores, de 11 a 16 años, a la casa de su hermana en Belley, un lugar más seguro en el campo, con la esperanza de regresar de inmediato. Sin embargo, no pudo volver a entrar a la ciudad hasta diciembre debido al aumento de la actividad militar para obligar a la ciudad a rendirse al sitiarse durante más de tres meses. De agosto a octubre de 1793, el ejército revolucionario sometió a Lyon a continuos bombardeos y hostigamientos; la escasez de alimentos y la necesidad

era común. Los dos hijos mayores, Luis-Antonio, de 20 años, y Francisco, de 18, se ofrecieron como voluntarios para unirse al ejército de resistencia de unos 7000 ciudadanos, y tomaron las armas para defender su ciudad asediada. Luis ya había comenzado a trabajar en el negocio de la seda de su abuelo, mientras que Francisco era aprendiz en una imprenta. Como hija mayor, Claudina se quedó en casa para consolar y fortalecer a su madre y unirse a su larga y agónica vigilia por la seguridad de los miembros ausentes de la familia.

El 8 de octubre, sus peores temores se realizaron. Superado por la fuerza de sus invasores, Lyon cayó ante las fuerzas del Ejército de la Convención, que decidió castigar a la ciudad rebelde destruyendo sus muros y edificios públicos, y cambiando su nombre a "Ville Affranchie" (la "ciudad liberada"). Los hermanos Thévenet estaban entre los resistentes capturados y encarcelados. En noviembre, Louis Guyot, hermano viudo de la Sra. Thévenet, también fue arrestado y encarcelado. Cuando fue ejecutado un mes después, sus dos hijas quedaron huérfanas.

El terror de la Revolución había penetrado profundamente en el círculo familiar, un presentimiento de la agonía que los aplastaría aún más después del Año Nuevo. En esta atmósfera donde todo lo que previamente había hablado de la bondad y la providencia de Dios estaba ausente, el camino apostólico de Claudina cobró vida. La Revolución proporcionó un terreno fértil para la expresión inicial de su misión: un ministerio de consuelo para los más cercanos y queridos.

5. Una iglesia en la Resistencia

Mientras sus ciudadanos se unieron para la resistencia política y armada, las autoridades de la iglesia de Lyon lucharon por mantener la fe ortodoxa y permanecer fieles a Roma, proporcionando formas de adoración y servicios necesarios para los fieles, muchos de los cuales fueron encarcelados. Tales actividades se realizaban en secreto para proteger a la heroica comunidad clandestina que dio testimonio una y otra vez, de su profunda convicción y viva fe. Una de las figuras más significativas de la resistencia de la iglesia en Lyon fue el vicario general, Rev. Jacques Linsolas². Después de su ordenación en 1779, volvió a vivir en su parroquia natal de San Nizier. Cuando surgió la crisis revolucionaria, organizó una pequeña sociedad secreta de mujeres jóvenes, las *Demoiselles*. Fueron seleccionadas para su pertenencia sobre la base de la

piEDAD, la virtud, la discreción y el leal compromiso con la ortodoxia. En la regla que les dio al inicio de la sociedad, vislumbramos la visión y el celo creativos con los que esperaba contrarrestar el cisma y satisfacer las necesidades de los afectados por el caos. Estas jóvenes mujeres se reunían cada tres semanas para orar y planear. Hacían hincapié en la necesidad de apoyo mutuo en obras de piedad y misericordia hacia el prójimo. Como grupo élite, estaban siendo probadas para el momento de la persecución activa que estaba por venir. Si bien no hay registros de miembros de las *Demoiselles*, Claudina bien podría haber estado entre ellas, ya que Linsolas desarrolló su ministerio en su parroquia.

En 1793, Linsolas compartió la responsabilidad de la administración diocesana con un sacerdote lleno de celo, M. de Castillon, que pronto fue capturado, condenado y guillotinado. Al quedarse solo para organizar una iglesia dividida en sí misma y enfrentar el colapso institucional, Linsolas deseaba "fortalecer la fe y tener el consuelo de reconciliar a muchos sacerdotes y gente en cisma". Una vez que el ejército revolucionario invadió Lyon, decidió utilizar a sus *demoiselles*, extendiendo sus servicios. Se organizaron en tres "secciones": mensajeras para sacerdotes encarcelados, mujeres religiosas y laicas; visitadoras de los enfermos en el hospital para los pobres, el Hôtel-Dieu; catequistas en varios vecindarios para preparar a las niñas para la Primera Comunión. Estas actividades requerían una discreción y coraje extraordinarios; los riesgos involucrados fueron grandes, llegando a veces a la acción heroica y al encarcelamiento. En 1794, los miembros añadieron otro servicio a unas 300 mujeres religiosas sin ningún recurso material: visitarlas y llevarles alimentos cada quince días.

El nombre de Claudina no se menciona en ninguna parte en las memorias escritas por Linsolas años más tarde, pero la evidencia circunstancial es lo suficientemente fuerte como para suponer que fue un miembro destacado de este grupo durante los años de la Revolución. Todo lo que sabemos de su aplomo apostólico, su juicio seguro, su sensibilidad y su fuerza de carácter, como se revela en la Pía Asociación, revela una experiencia formativa previa. El liderazgo que Claudina ejerció, con seguridad en sí misma, como mujer madura, apunta a una formación y participación más temprana en el servicio apostólico organizado. Los acontecimientos exteriores habían llevado a Claudina a tener coraje y madurez más allá de sus años, en una escuela de dolor y tristeza que centraba su respuesta a Cristo en sus miembros sufrientes. Con audacia y autodisciplina extraordinarias, superó los temores naturales y la sensibilidad para brindar

consuelo a los marginados de su sociedad. Cuando consideramos los rasgos característicos de la Pía Asociación que más tarde cofundó y dirigió, vemos claramente reflejado el estilo de organización, piedad y actividad caritativa practicada en las *Demoiselles*: apoyo mutuo en servicio y amor activo por el Señor escondido detrás de la angustia de los más pobres, de los últimos. El camino de fe de Claudina la movió entonces por una senda aún más exigente, hacia una peregrinación de perdón donde encontraría a su Señor Crucificado.

6. Camino al Calvario

Cuando su tío, hermanos y posiblemente un novio fueron encarcelados en 1793, Claudina no era ajena a visitar los abarrotados y repulsivos agujeros de las cárceles que tenían nombres descriptivos como "cueva de la mauvaise" (cueva del horror). . Algunas anécdotas la describen con varios disfraces, visitando a los presos e intentando liberarlos, incluso la obligan a levantar una copa "a la República" con un guardia antes de que se le permita ver a sus queridos prisioneros. Fiel a sus hermanos durante su encarcelamiento, decidió seguirlos a su terrible ejecución el 4 de enero de 1794, una fría mañana de domingo. Cuando ella comenzó la caminata temerosa hacia los campos de exterminio de Les Brotteaux, ese "valle de la sombra de la muerte" [Ps. 23], Claudina sintió la angustia de Luis y Francisco. Uniéndose a la línea silenciosa de los condenados a muerte, ella recibió sus mensajes finales para la familia, conservados hasta el día de hoy. En ese terrible momento, entre sollozos que sacudieron su ser, escuchó palabras que la sumergieron en el misterio de la pasión y la muerte de Cristo: "Perdona, Glady, como nosotros perdonamos". Tal vez la descripción más poderosa de esta escena se encuentre en un reflejo de la primera historia completa de la Congregación, escrita casi sesenta años después de la muerte de Claudina. Nos invita a caminar con Claudina al corazón de su experiencia al pie de la Cruz:

"Llorando y más muerta que viva, Claudina tuvo aún fuerza para seguir el cortejo. Allí fue testigo de la descarga, uniéndose con toda la energía del amor fraterno a las almas de sus queridos hermanos, pasando tan bruscamente de la vida a la muerte. En ese momento de suprema angustia, el pensamiento de Nuestro Señor muriendo en la Cruz con palabras de perdón en sus labios fue una luz y un apoyo para su corazón destrozado. La última petición y el único deseo de sus queridos hermanos. . . era como un eco de las palabras de su dulce Salvador "*Positio*, 538).

Dolorosa y firme, Claudina estaba con María presente en el Calvario, "más muerta que viva." Por lo que sabemos de ella y las pocas referencias de este tiempo terrible, podemos imaginar el impacto de este acontecimiento. Sin duda, su corazón y su espíritu estaban rotos. Cualquier pensamiento de un Dios bueno y amoroso, "le bon Dieu", tan familiar en su juventud, ahora estaba eclipsado por un universo de oscuridad. Ya nada tenía sentido, y su mundo religioso se derrumbó en el vacío, envuelto en dolor y pérdida. Tal vez esta experiencia vivida de mal y sufrimiento incomprensible llevó a Claudina a cuestionar la existencia misma de Dios. En y a través de estos hechos terroríficos, ella puede haber sentido en sí misma "la mayor desgracia" que forjó su respuesta en los años posteriores: el silencio, la ausencia de Dios. En ese Calvario personal, Claudina se encontró con un Dios crucificado, débil e impotente para salvar a sus seres queridos. Allí recordó al Jesús moribundo hablando palabras de perdón como "una luz y apoyo para su corazón quebrantado". Con el tiempo, ella agradecería la gracia del amor que perdona que Cristo y sus hermanos le ofrecieron. Del corazón abierto y roto de Jesús, ella aprendería a dejar que su corazón roto se abriera para abrazar el mundo y se convirtiera en luz y apoyo para los demás. En el largo y solitario camino de regreso a su destrozada ciudad y familia, una parte de Claudina murió junto con sus seres queridos. La vida había cambiado. Lo que surgiría de ahí estaba escondido. Parecería que ella entró en un largo desierto de silencio y tristeza. El impacto de ese horrible día la dejó marcada en cuerpo y espíritu. Ella sufrió temblores de cabeza y una sensación de asfixia durante toda su vida, llevando en su cuerpo las marcas del Señor Crucificado[Gal.6,18].

Pasaría tiempo para que Claudina volviera a aventurarse a lo largo del camino del servicio. Por el momento, ella llevó a casa las cartas de sus hermanos y su testamento de perdón, compartiendo sus últimos momentos con una familia en lágrimas. Cuando supieron más tarde quién había traicionado a los chicos, pudieron haberlo llevado a la justicia e incluso a la pena capital. Se negaron a declarar su nombre, eligiendo "practicar el perdón de las ofensas". Los sentimientos e impresiones de Claudina sin duda los ayudaron a prestar atención al mandato de los hermanos y unirse a ella en el camino del perdón cristiano.

7. Buscando: Un Camino de Compasión y Comunidad [1805-18]

"Muchas cosas solo se pueden ver a través de los ojos que han llorado". -Oscar Romero

Entre los documentos más antiguos de la historia de las Religiosas de Jesús María, el *Petit Manuscrit*, escrito por una de las primeras compañeras de Claudina, resume su largo silencio después de los terribles acontecimientos de la Revolución. La familia se mudó en 1794 a la Rue Masson y a la parroquia de San Bruno, antiguamente la iglesia del vasto monasterio cartujo en el barrio activo de la Croix-Rousse. San Bruno se convirtió en una institución importante para Claudina en las siguientes dos décadas, así como en el lugar de nacimiento de su ministerio apostólico que floreció en un instituto religioso. Mientras permanecía en el corazón de su familia, Claudina salió de su luto con un anhelo más profundo, una visión más clara y un sentido de misión en desarrollo. Se había convertido, como Jesús, en una sanadora herida. "Los sufrimientos de su corazón habían sido demasiado grandes para que ella buscara algún consuelo de ahora en adelante excepto en Dios. Tan pronto como el orden y la libertad fueron restaurados en Francia, la vemos entregándose por completo a prácticas de piedad y obras de celo. Hacer el bien, especialmente a los pobres, se convirtió en una necesidad para ella" (*Positio*, 502).

Lo que veía a diario era una escena que la hacía llorar y temblar: niños pobres en la miseria y el abandono llenaban las calles de Lyon. Casi todas las instituciones de la iglesia que aliviaron las necesidades humanas antes de la Revolución habían sido destruidas o gravemente dañadas. ¿Qué recursos estaban disponibles para ella, para cualquiera que quisiera restablecer el orden, "hacer el bien" y asistir a la desolación en su ciudad? Los estragos materiales y espirituales de estos años provocaron en el corazón de Claudina la necesidad de confortar y consolar, sanar e instruir a los que más habían sufrido. No podía dejar de escuchar el grito de los pobres, ya que se hizo eco del empobrecimiento en su propia alma. Actuando por encima de su propia debilidad, encontró renovada fortaleza para el viaje que tenía por delante. Bajo la miseria externa y la sordidez de tantos que la hicieron llorar, Claudina estaba muy afligida por su ignorancia espiritual: esa pobreza detrás de la pobreza de aquellos que podrían vivir y morir sin conocer a Dios. De su profunda angustia por la mayor de las desgracias surgió su mayor deseo. Esto impulsó a Claudina a reunir energías y recursos para sanar las heridas infligidas por la ignorancia religiosa. Las dimensiones de su vocación y el camino a seguir estaban tomando forma.

Una vez que el derramamiento de sangre cesó después de 1794, aún rodeaba a los fieles de Lyon una atmósfera general de desconfianza y miedo. Bajo la guía de Linsolas, un sistema de "misiones" clandestinas había reemplazado las estructuras parroquiales tradicionales. Hizo hincapié en el liderazgo laico fuerte, la actividad organizada, la fuerza doctrinal y la liturgia y la práctica uniformes. En un sentido real, este enfoque ayudó a estabilizar la iglesia del silencio inmediatamente después de la Revolución. Podemos imaginar a Claudina involucrándose gradualmente en esas actividades apostólicas mientras permanece en el corazón de su familia. Nuestros documentos no arrojan luz sobre este período de su camino. Podemos suponer con seguridad que ella ayudó a reparar los estragos de la Revolución con su participación continua en el grupo de *demoiselles*.

8. Ministerio pastoral en San Bruno

En 1801, el Concordato de Napoleón con el Papa Pío VII trajo un rayo de esperanza: proveía cierta estabilización religiosa. Napoleón tenía poco interés real en la religión; sin embargo, apoyó la reintroducción de estructuras religiosas formales en Francia como un medio práctico de restaurar el orden social entre las masas. En Lyon, la parroquia de San Bruno fue reabierta oficialmente en 1802. Se convirtió en el punto focal de los esfuerzos apostólicos de Claudina durante los siguientes dieciséis años. Ella era una parroquiana activa, ferviente en su celo y buenas obras que se estaban expandiendo. Su nombre aparece en el registro parroquial como testigo de bautismos y bodas. Cuando una nueva cofradía de la Confraternidad del Sagrado Corazón comenzó en 1809, Claudina figura a la cabeza de sus doce miembros fundadores. El objetivo de este grupo era promover el crecimiento espiritual a través de actos de reparación y adoración eucarística. Las inquietudes apostólicas de Claudina se integraron así en su contemplación del Corazón del Señor a medida que continuaba la actividad oculta pero fructífera dentro de la parroquia. Es notable que los nombres de su madre, hermana, tías y amigos también aparecen en el registro de la Cofradía. El poder de Claudina para atraer a otros al bien fue evidente, así como sus cualidades de liderazgo y habilidades organizativas, lo que llevó a otros a describirla como una "mujer de cabeza". Para los pastores sucesivos de San Bruno, ella demostró ser una valiosa colaboradora del sacerdocio en un ministerio tan diverso como las necesidades que tenían ante sí. De su conocimiento íntimo del Sagrado Corazón del Señor, de su experiencia de un mundo en crisis y cambio constante, Claudina había adquirido una libertad de corazón por

la que no permitiría que ninguna estructura o programa socavara el servicio que necesitaba su gente y su tiempo. Ella había aprendido a actuar con flexibilidad, con rectitud de intención y sencillez de corazón, siempre dispuesta a "dejar ir, a soltar" por el bien de la gloria de Dios y el servicio de aquellos a quienes fue enviada.

9. Una comunidad de amigas: la Pía Asociación del Sagrado Corazón (1816-1825)

El régimen napoleónico (1800-15) trajo respiro a las personas agotadas por la Revolución, pero la crisis económica la escasez de alimentos y las invasiones extranjeras continuaron. La paz duradera tardó en llegar debido a los conflictos militares en curso. Los ejércitos austriacos invadieron Francia dos veces en 1814-15. Sus soldados fueron alojados en las residencias de Lyon, incluida la casa Thévenet, lo que eleva el número total de personas en la calle Masson a diecinueve. A principios de 1815, el padre de Claudina muere a la edad de ochenta años. Los ritmos familiares de tristeza, inquietud e inseguridad se agitaron en su corazón: ¿cómo podría continuar en sus actividades de caridad sin dejar de ser sensible a otras responsabilidades y a las necesidades de su madre? La larga experiencia de Claudina en el servicio apostólico compartido confirmó su convicción de que el mejor apoyo para la fidelidad en el ministerio es la amorosa ayuda de amigos que comparten deseos y esperanzas similares. Habiéndose dedicado a aliviar la "mayor desgracia", buscó el poder consolador de una comunidad acogedora. "Junto con muchas de sus amigas, anhelaba aliviar tanta desgracia; buscó los medios adecuados para liberar al menos a algunas de estas jóvenes de la ignorancia y formarlas para la vida cristiana." Si hacer las cosas bien para los pobres era una necesidad para Claudina, también lo era la presencia de otros, de amigos. Su celo y su ejemplo ahora se extienden más allá de los límites del hogar y la parroquia. Los fuertes lazos de amistad, el amor mutuo por el Señor y el anhelo compartido de escuchar el grito de los más abandonados la llevaron a ella y a sus jóvenes compañeras hacia un horizonte apostólico más amplio y exigente. Siete de estas amigas serían pioneras en la aventura que llegó a conocerse como la Pía Asociación del Sagrado Corazón - "*La Piense Union du Sacré-Coeur de Jesus*". Seguramente no se imaginaban que esta pequeña empresa comunitaria encontraría eco en el futuro.

10. Restaurando Estructuras, Renovando la Sociedad (1814-30)

La abdicación y el exilio del Emperador Napoleón pusieron fin al Primer Imperio Francés y abrieron el camino para el regreso de los Borbones del Antiguo Régimen. Cuando Luis XVIII recuperó el trono en 1814, marcó el comienzo de un período de gobierno moderado conocido como la Restauración. Tal como implica el nombre, su objetivo era poner fin a las ideas o prácticas revolucionarias y regresar al orden pasado de la iglesia y la sociedad en Francia. Si bien la historia demostró que este era un ideal imposible, dio a los ciudadanos un renovado sentido de estabilidad social y religiosa. Para los líderes de la Iglesia, el objetivo era claro: "restaurar Francia a Dios y Dios a Francia". Utilizaron todos los medios a su disposición para reconstituir las estructuras anteriores con la esperanza de recuperar una generación perdida de ignorantes e indiferentes. El papado había sufrido insultos degradantes en años anteriores; ahora podría reclamar su papel como un faro de unidad, verdad y libertad para la Iglesia. A lo largo del siglo XIX, los fieles se apartarían de los regímenes revolucionarios europeos y considerarían al Papa como protector de la tradición y la doctrina católicas. En Francia, este giro religioso a Roma significaba mirar por encima de las montañas, o "Ultramontanismo", un término que llegó a describir un enfoque más tradicional y anti-moderno en teología y práctica. La fidelidad a la Iglesia de Roma fue el sello distintivo de la Restauración Católica, y tuvo un fuerte apoyo en Lyon. Al principio de la Regla de la Pía Asociación se señala la finalidad de la sociedad que es "permanecer firmemente unida a la Iglesia Romana y morir antes que renunciar a la fe" (Regla, Título I, Art. 2).

Este período vio un resurgimiento de fervor y vitalidad religiosa, expresada en una multitud de actividades, grupos y obras de caridad. Fortalecidos por años de actividad clandestina, los fieles de Lyon estaban bien preparados para el renacimiento institucional en sus parroquias y organizaciones. Ellos demostraron ser tan emprendedores y creativos como sus sacerdotes y obispos, quienes dependían estrechamente de la iniciativa laica para todo lo que emprendían. Además de las sociedades y cofradías parroquiales restauradas, Lyon volvió a contar con una red dinámica de grupos que remontaban sus orígenes y espiritualidad a una sola asociación laica, "*La Congrégation*". Esta era una asociación mariana con raíces en la primitiva Compañía de Jesús³. En ciertos períodos de la historia de Francia, sus miembros se involucraron en cuestiones políticas controvertidas y suscitaron sospechas por parte de las autoridades. Con

la supresión universal de la Compañía en 1774, las instituciones jesuitas fueron asumidas por otras órdenes y las asociaciones laicas de hecho desaparecieron. En 1801, el ex jesuita Jean Delpuits sentó las bases de una congregación restaurada en París, que floreció y se extendió rápidamente. Al año siguiente, siete hombres jóvenes de Lyon se encontraron con Pierre Roger (1763-1839), padre de la fe, y establecieron la *Congrégation de Lyon*⁴. Su objetivo era la gloria de Dios, la veneración de María y "nuestra propia santidad y la de nuestro prójimo". Inspirada en la obra de Jacques Linsolas, la asociación de Lyon reflejaba su estilo apostólico en su organización y estructuras. El 8 de diciembre de 1802, el Padre Roger reagrupó unas cincuenta *demoiselles* que quedaban de la sociedad original de Linsolas en una rama femenina de la *Congrégation*. En los siguientes dos años, hubo asociaciones para los hombres y mujeres casados en Lyon, un "movimiento de solidaridad cristiana" que abarcaba a todos los grupos sociales y de edades.

La *Congrégation* fue la raíz y el modelo para muchas asociaciones caritativas. Seguían el ideal ignaciano de santidad laica en el servicio del prójimo. Estos grupos "*filiales*", como se los conocía, se mantuvieron autónomos en sus buenas obras, pero estaban unidos a la *Congrégation* mayor por el vínculo de una espiritualidad común y prácticas devocionales semejantes. Cada uno de los grupos demostró características similares: devoción a Nuestra Señora bajo un título elegido; fuerte liderazgo laico; secreto inviolable; santificación mutua de sus miembros por obras compartidas de piedad y caridad. Se agruparon para el servicio en diferentes "secciones": instrucción, limosna, consuelo, edificación, etc. Pero la característica distintiva de todos los *congréganistes* era su ideal comunitario, resumido en el lema que se encuentra en sus reglas: *Cor Unum et Anima Una* - el "Un solo corazón y una sola alma" de los primeros cristianos (Hechos 4, 32). Varios grupos mantuvieron sus reuniones regulares en la capilla del retiro situada en el antiguo claustro cartujo en San Bruno, que fue también el centro de los primeros esfuerzos apostólicos de Claudina. Es más que probable que ella y sus amigas tuvieran experiencia con *La Congrégation*, y que la Pía Asociación fuera una de sus *filiales* parroquiales. De la Reglamente y las Actas, surgen claros paralelismos, colocando a la Pía Asociación firmemente en la tradición de las asociaciones laicas ignacianas.

11. El papel de André Coindre⁵

Cuando André Coindre llegó como cura a San Bruno en diciembre de 1815, tenía veinticinco años, había sido ordenado tres años antes. Un hombre celoso y compasivo, a menudo encontraba niños abandonados a lo largo de las calles invernales. Cuando preguntó por feligreses generosos que podrían encontrarles alojamiento y apoyo, fue llevado a Claudina, que respondió con su generosidad y compasión habituales. Él reconoció sus cualidades de liderazgo y madurez espiritual, forjadas en tiempos revolucionarios. Para proporcionar alojamiento y apoyo a las niñas pequeñas y a tantos otros necesitados, Coindre sugirió que Claudina y sus amigas formaran una sociedad caritativa parroquial basada en el modelo familiar para muchas de ellas. Siete meses después, ocho mujeres jóvenes se reunieron el 31 de julio, la fiesta de San Ignacio, para elegir responsables y establecer objetivos para su Pía Asociación del Sagrado Corazón. Las actas de esa reunión se refieren a "reglas y prácticas de la Sociedad" que ya están vigentes, lo que indica un grupo preexistente. Claudina fue elegida presidenta, una responsabilidad que mantuvo incluso una vez que su comunidad religiosa estaba en marcha. Durante los siguientes nueve años, Coindre fue la fuerza animadora y director espiritual de la Asociación, asistiendo a sus reuniones y aconsejándoles en sus compromisos espirituales y apostólicos. Fue estimado por Claudina y las asociadas, no solo como un ministro ordenado de Dios, sino por sus sabias intuiciones apostólicas. Una y otra vez, las Actas elogian a Coindre como su guía dado por Dios, "para conducirnos y dirigirnos en unas obras que nos eran tan nuevas, y cuyos sabios y prudentes consejos han asegurado el éxito" (31 de julio de 1818). Con respeto por su rol, se les recordó que seguir el consejo de Coindre era fundamental: "que su voluntad sea nuestra única regla y conducta". . . solo a través de la obediencia podemos tener éxito"(Ibid.). Cuando la Asociación encontró dificultad para conservar a sus miembros y sostener las obras, su director fue la fuerza motriz que las animó a iniciar una comunidad religiosa y nombró a Claudina su primera líder.

12. Estilo de Liderazgo Apostólico de Claudina

Sin lugar a dudas, la Asociación se desarrolló a partir del corazón de Claudina y reflejó su visión, claramente revelada en dos documentos de la Asociación: su Regla y las Actas de sus reuniones de 1816-1825. A partir de estos textos obtenemos una rica visión de los dones de Claudina para la misión. Somos testigos de que su carisma apostólico floreció en la Asociación y se ejerció con una libertad más tarde restringida por las normas para las mujeres religiosas del

siglo XIX. La Asociación fue la expresión concreta de las esperanzas y aspiraciones de Claudina, llevó el sello de su llamada a recorrer el camino de los pobres movida por la presencia sentida del Señor que trabaja a través de ella. Leyendo sus reflexiones y amonestaciones, descubrimos que su seguridad de propósito frente a los obstáculos fue sostenida especialmente por el apoyo de una comunidad de amigas: "Cuando se va solo en un largo y fatigoso viaje, uno se cansa pronto y para sostenerse solo se encuentran medios comunes y ordinarios; por el contrario, cuando son varios los que están juntos, se va con seguridad y ánimo, se prestan nuevos apoyos" (Preámbulo de la Regla). De hecho, una característica sorprendente de la Pía Asociación es su énfasis en el **apoyo mutuo**. Las asociadas debían buscar la santidad juntas, a través de la práctica de las virtudes y las obras de misericordia. La Regla especifica el modo en que debían realizar las obras de caridad en las cuatro secciones asignadas. Hace hincapié en las actitudes internas que deben cuidar en su servicio: moderación, delicadeza, alegría de corazón y humildad. Las asociadas en la sección de Limosnas debían prestar especial atención a los "más débiles, más desgraciados, más abandonados", absteniéndose de juzgar sobre la valía de los pobres. Aquellas elegidas para la Instrucción "se considerarán afortunadas de tener la oportunidad de dar a conocer y amar a Jesucristo"; deben hablar brevemente de Dios con corazones alegres y abiertos: "La virtud gozosa es apreciada y lleva a otros a Dios". En su servicio apostólico debían imitar a Jesús, manso y humilde de corazón, el Sagrado Corazón en cuyo honor se habían reunido. Como líder y miembro de la Asociación, Claudina sirvió de modelo por su fortaleza de carácter, su caridad universal y su cuidado por las asociadas, su espíritu de escucha y su corazón capaz de discernir. Vemos estas cualidades más claramente en la decisión de establecer la Providencia del Sagrado Corazón en la parroquia.

13. El camino hecho al andar: la Providencia en San Bruno (1817)

El primer encuentro entre Claudina y Coindre tuvo lugar por la preocupación por las niñas abandonadas. La atención y el cuidado de estas "pequeñas" tenían alta prioridad cuando la Asociación comenzó su trabajo. Rápidamente quedó claro que sus recursos limitados no permitían una respuesta adecuada a todas las necesidades que tenían ante sí. En el primer informe anual de la presidenta, Claudina presentó la necesidad de criterios y prioridades para discernir futuras elecciones apostólicas. Informó que sus finanzas limitadas obligaban a una elección o respuesta: se debe dar preferencia a aquellos que han respondido mejor a la asistencia espiritual

y temporal que se les ha dado. Su servicio a las jóvenes pareció el más beneficioso y gratificante, lo que llevó a Claudina a concluir: "Creo que deberíamos dedicarnos a este trabajo" (31 de julio de 1817). El apoyo fue unánime. Al día siguiente, las asociadas alquilaron una celda en el claustro cartujo para establecer un taller para niñas pobres, donde encontrarían refugio contra la corrupción y los "peligros del mundo". Al principio, la casa sirvió simplemente como alojamiento durante la noche para algunas chicas. Incapaces de dedicarse a tiempo completo al trabajo, las asociadas buscaron a alguien para vivir allí, darles instrucción religiosa a las niñas y sacarlas de las calles a una vida virtuosa. En septiembre, la Asociación llegó a un acuerdo con las Hermanas de San José, que enviaron a dos hermanas a vivir en el albergue y supervisar su organización. Un año después, el número de niñas había crecido de siete a treinta. A partir de ese momento, la Providencia fue la principal obra apostólica de la Pía Asociación, que continuó supervisando su crecimiento, revisó el progreso y le brindó un generoso apoyo financiero hasta 1825, cuando fue transferida a la parroquia de San Bruno y a la nueva – reorganizada Congregación de las Hermanas de San José.

14. Rendirse al misterio

En su segundo aniversario como grupo, veintidós asociadas se reunieron para celebrar sus experiencias consoladoras de una misión compartida y un trabajo prometedor iniciado con la Providencia. Claudina conocía la alegría de promover este grupo dinámico de mujeres jóvenes cuyos deseos coincidían con los suyos. Aun así, la agitación en algunos de sus corazones exigía una entrega más plena al Señor. Claudina también sentía esto, pero su anciana madre y sus responsabilidades familiares la habían retenido. El Padre Coindre convocó una reunión especial para siete asociadas, incluida Claudina. Su propuesta era que consideraran formar una nueva sociedad religiosa, e indicó que Claudina había sido elegida por Dios como su líder, en resumen, una fundadora. No hay registro de sus reflexiones compartidas esa tarde, de sus dudas, inseguridades o presiones familiares. Sabemos que cuando llegó el momento de comenzar un camino nuevo y estremecedor, Claudina se sintió incapaz de sus demandas e incertidumbres. Se dio cuenta de que la vida religiosa canónica respondería a su deseo de una consagración más completa, así como a la necesidad de dar estabilidad y asegurar su respuesta a las necesidades. Una comunidad religiosa les permitiría vivir más plenamente la Regla y el espíritu de la Asociación. Al dar ese paso, sin embargo, Claudina previó el costo personal para su libertad y realización apostólica. Pero, por sobre todo, ella escuchó en la llamada de su director una llamada

más profunda de parte de Dios, y no se resistiría a ella. La noche en Pierres-Plantées, del 5 al 6 de octubre de 1818, es una cristalización de su lucha interna y tensión, la agonía y soledad que sufrió, sus sentimientos de inutilidad y falta de sentido. Tenía cuarenta y cuatro años, y había sido una dedicada apóstol laica por más de veinticinco años. Siete asociadas habían sido invitadas por Coindre a una nueva aventura como comunidad. Pero a medida que el tiempo se acercaba para romper con el pasado, la familia y todo lo que le era querido, Claudina se sintió sola, en su Getsemaní personal. Hasta el final de su vida, ella recordará esa como la "peor noche" cuando en la oscuridad total y desde las profundidades de su pobreza, inició un camino de entrega: "Sentí que había emprendido una empresa loca y presuntuosa que no tenía garantía de éxito, por el contrario, parecía destinada a desaparecer "(Positio, 549). Sin embargo, con Santa Teresa de Calcuta, ella sabía que los cristianos no están llamados a tener éxito, sino a ser fieles. Claudina no veía con claridad el camino que se abría ante ella, decidió confiar en el Dios bueno que la había llevado hasta ese punto, y en la protección de María, su patrona y hermana en la fe. Su trabajo más importante había comenzado.

Doscientos años después, el camino de fe de Claudina hacia lo desconocido se ha convertido en una comunidad global de hermanas, colaboradores y asociados de la Familia de Jesús y María. Al igual que ella, se nos invita de nuevo a seguir a Jesús en los caminos donde los pobres y los marginados claman, en un futuro incierto. "Es quizá cuando ya no sabemos hacia dónde ir, cuando ha comenzado nuestro verdadero camino... la corriente obstruida es la que canta" (Wendell Berry). El camino de fe de Claudina hacia lo desconocido todavía tiene mucho que decirnos. Nosotras, sus compañeras y amigas de hoy ¿a dónde dejaremos que nos conduzca?

Janice Farnham, RJM
Warwick, Rhode Island, USA
Agosto 2017

NOTAS

¹ Se conservan dieciséis cartas de Claudina, todas ellas a los miembros de la familia. Podemos suponer que ella también escribió a las comunidades en Monistrol y LePuy, al cofundador, Rev. André Coindre [1787-1826] y a la primera generación de hermanas. Desafortunadamente, esta correspondencia nunca se ha encontrado. La mayoría de las cartas familiares se recogen en la Positio [333-63]. Una edición de Estados Unidos, *Letters of Claudine Thévenet*, con notas introductorias para cada carta, fue traducida por Janice Farnham, RJM. En 1993 se publicaron ediciones modernas en francés, inglés y español, preparadas por M. Antonia Bonet, RJM, archivera general en Roma.

² El reverendo Jacques Linsolas [1754-1828], nació en Lyon. Monárquico declarado, predicó abierta hostilidad hacia las ideas revolucionarias y la iglesia constitucional. En 1791, Linsolas fue arrestado por abrir un sermón de Cuaresma con oraciones por el rey, y posteriormente desterrado de la ciudad. Regresó en secreto un año después bajo un nombre falso y dirigió la vida de la iglesia organizando ministerios y prácticas clandestinas. Como vicario general en 1793, su preocupación era dirigir una comunidad clandestina fiel. La genialidad de Linsolas fue su confianza en el liderazgo de los laicos, especialmente las mujeres, para apoyar las "misiones" que organizó para proporcionar a los sacerdotes itinerantes lugares seguros para el culto y la liturgia. Estos grupos laicos ofrecieron instrucción religiosa, visitas a las cárceles y consuelo a sacerdotes y religiosos ancianos. Después de la Revolución, Linsolas fue nuevamente acusado y arrestado bajo falsas pretensiones, y fue exiliado a los Estados Pontificios. Regresó a Lyon en 1815 y escribió sus propias memorias de la iglesia clandestina. Fue muy conocido entre los muchos grupos laicos durante la Restauración, sirviendo como director de "*la Congrégation*" y otras sociedades de caridad.

³ En 1543, los primeros compañeros de San Ignacio formaron una confraternidad de jóvenes laicos "en honor al nombre de Jesús". Era un cuerpo de élite, entrenado en los Ejercicios Espirituales y dedicado a obras de misericordia y caridad. Esta fue la primera Congregación Mariana en el Colegio Romano, la *Prima Primaria*, organizada en 1563 por el belga Jean Leunis, SJ [1532-84], para estudiantes en escuelas de jesuitas. Estas asociaciones se extendieron por toda Europa y estuvieron activas en el Antiguo Régimen de Francia, incluido el *Collège de la Trinité* en Lyon.

⁴ Los Padres de la Fe (Pères de la Foi) y los Padres del Sagrado Corazón fueron sociedades de sacerdotes dedicadas a seguir las Constituciones de San Ignacio durante la supresión de los jesuitas (1774-1814). Tuvieron una gran influencia en la renovada vida católica en los primeros años del Imperio. En 1814, Pierre Roger fue a París y se unió a la reorganizada Compañía de Jesús, convirtiéndose en su primer maestro de novicios. Para un estudio más completo de la *Congrégation de Lyon*, véase Antoine Lestra, *Histoire secrète de la Congrégation de Lyon* (París: Nouvelles Editions Latines, 1967).

⁵ André Coindre (1787-1826) era originario de Lyon, de la parroquia de San Nizier. Después de tres años de formación en el seminario en Lyon, fue ordenado en junio de 1812. Fue miembro fundador de una sociedad misionera diocesana de sacerdotes con sede en San Bruno, *Les Missionnaires des Chartreux*. Su objetivo era re-evangelizar la diócesis mediante la predicación, la catequesis y los retiros parroquiales. Conocido como un predicador celoso y elocuente, Coindre dirigió la Pía Asociación hasta 1825. Reconocido y estimado como cofundador de la congregación religiosa de Claudina, fue su consejero espiritual hasta su prematura muerte. Para dotar de personal a las providencias que estableció para los niños en Lyon, Coindre fundó a los Hermanos del Sagrado Corazón en 1821.

BIBLIOGRAFÍA

- (Anon. RJM) *Life and Work of Mother Mary St. Ignatius [Claudine Thévenet], 1774-1837*. Dublin: Clonmore and Reynolds, Ltd., 1953.
- Farnham, Janice, RJM. 1983. "Devotional Life for Laywomen in Restoration France." M.A. Thesis in Church History, Catholic University of America.
- Farnham, Janice, RJM and Rosemary Mangan, RJM. *Saint Claudine Thévenet. A Spiritual Profile*. Prepared by the U.S. Province of the RJM for Claudine's Bicentenary. Privately printed, 1974. Revised, 2004.
- [Hugon, Marie-Aloysia, RJM, and M. St. Joachim Creuzet, RJM]. *History of the Congregation of the Religious of Jesus and Mary According to Contemporary Witnesses*. Trans. by RJM. Pune: Anand Press, 1992.
- International Commission on RJM Spirituality and Charism. Documents prepared for the General Chapter of 2013. Unpublished, 2012.
- [Laramas, Jules]. *La Servante de Dieu, Mère Marie St-Ignace*, Lyon : Vitte, 1926.
- Montesinos, Gabriela Maria (Clotilde), RJM. *The Life and Times of Claudine Thévenet (Mother Mary St. Ignatius)*. Trans. from Spanish by Catherine M. Dell. Pune: Anand Press, 1977.
- *Positio* (Study and Documentation), Mary of St. Ignatius (Claudine Thévenet). English Edition. Trans. Thomas More Barrell, RJM and Marie Thérèse Carlos, RJM. Ipswich, England: Religious of Jesus and Mary, 1983.
- *Rule and Minutes of the Pious Association of the Sacred Heart*. Edited and translated by Janice Farnham, RJM. Unpublished manuscript: 1983.